

Manual del súbdito perfecto

NUESTRAS habituales lecturas de los clásicos griegos más vulgarizados y de los escritores que superficialmente han tratado de ellos y de los hechos de sus compatriotas nos llevan a formar una idea poco exacta de la mentalidad de aquel pueblo interesante.

Hablo, desde luego, del gran número, y no de los contados que procuran ver de cerca y por todas sus fases la materia que estudian. Generalmente estamos de prisa, y no para detenernos en minucias. Como consecuencia atravesamos la vida, creyendo que sabemos muy bien muchas cosas, cuando en realidad sabemos muy mal lo poco que sabemos.

La generación que derribó el antiguo régimen en Francia, la generación que proclamó a todos los vientos y puso sobre las nubes, donde aún reside, el sonoro lema de libertad, igualdad, fraternidad, se figuraba estar amamantada con los principios de la libertad helénica. O, hablando más puntualmente, con los principios que entendía ser los de aquellas famosas repúblicas. Y las generaciones que han venido después y han suspirado o se han sacrificado por la libertad política han seguido, en buena parte, deslumbradas por la misma ilusión.

Con menos entusiasmo y más exacta experiencia, hubieran advertido que no es posible volver atrás. El gran río que arrastra, violento o sosegado, los sucesos humanos no es susceptible de ser remontado. Vivamos nuestra vida, y no la vida de los conciudadanos de Aristides o Alcibiades. Porque entre una y otra se interponen la inmensidad del tiempo y los cataclismos de la historia. Y nuestras aspiraciones y nuestras ideas, querámoslo o no, sepámoslo o no, poco tienen de común con las suyas.

Sin duda, vivían bajo la ley del dolor. Eran hombres como nosotros. Pero conocer no es notar única, ni principalmente las semejanzas, lo más importante estriba en advertir, enumerar y pesar las diferencias. Por mucho que tenga de ilusorio lo que se ha llamado el color histórico, escudriñar lo pasado exige el poder concebir rasgos diversos, a veces del todo distintos, de aquello con que nos familiariza lo presente. Mucho se pierde, pero hemos de conformarnos con eso poco que podemos atisbar.

Cuando se tiene esto presente, no ofrece riesgo detenernos en el estudio, lo mismo de los casos generales presentados por los helenos, que de los casos particulares. Ningún naturalista negará interés a la paleontología. Me

voy a entretener en hacer un poco de paleontología histórica.

Hablar de Atenas, como se habla corrientemente, como hablamos de Roma y de otras muchas cosas que nos figuramos llevar en el bolsillo, monta tanto como referirnos a la más pura flor de democracia. ¡Qué república aquella! Ni siquiera recordamos que vivió siglos, y que nada, nada escapa a la corriente del tiempo que todo lo corroe y socava. Para nosotros un ateniense, ciudadano por supuesto, no respiraba sino la más limpia atmósfera de igualdad, no concebía nada más acabado que su constitución, su areópago, su arcontado, sus bulliciosas asambleas en la ágora, y su lotería de magistraturas.

Pues con todo eso, y sin mil y una excepciones que pudieran aducirse, tengo aquí a la vista un opúsculo, compuesto por un ateniense, del demos de Erchia, coetáneo de Platón, émulo de Demóstenes, opúsculo que da quince y raya a lo más perfecto que pudiera haber escrito un súbdito fervoroso de Luis el Grande, contemporáneo y discípulo del águila de Meaux.

Contiene el retrato, hoy diríamos la semblanza de Nicocles, reyezuelo de un islote cerca del Atica. Lo escribió, según parece, el orador Isócrates, uno de los diez de la fama, y es cosa de gusto. Pone el autor en boca de este principillo, cuya encantadora ingenuidad debió hacerlo amadísimo de sus súbditos, y para aviso de los tales, consejos tan sabrosos como éstos:

«Haceos cargo de que ninguna de las cosas de que os déis cuenta a vosotros mismos se me debe ocultar. Pensad, cuando esté mi persona lejos, que mi espíritu os ronda, y todo lo ve. Pues con esta creencia procederéis en todo con más cordura».

Y, yéndose más a fondo, añade:

«No tratéis de ocultarme nada de lo que poseáis; ni nada de lo que hagáis, ni intentéis hacer; teniendo en cuenta que cuanto se esconde despierta por fuerza la sospecha. Vivid con las puer-

tas de par en par; evitad los artificios y los escondites; para que nadie, aunque quiera, encuentre un resquicio por donde acusaros. Pensad todo lo que vayáis a ejecutar, y tened por malo aquello que no quisierais que yo supiese; por bueno aquello que, conocido por mí, habría de adelantaros en mi estimación».

Puesto en tan buen camino, el cándido Nicocles establece:

«Si llegáis a descubrir alguna acción o algún designio contrarios a mi poder, no se os ocurra callarlo; denunciadlo en seguida. No olvidéis que la misma pena merecen quien peca y quien oculta el pecado». «No frecuentéis compañías, ni vayáis a sociedades, sin mi consentimiento; porque estas reuniones en los otros estados son ventajosas, pero en las monarquías, peligrosas».

Y, soltando todas las velas, remata así:

«Tened mi amistad por lo más firme y lo más constante; y esforzaos por conservar el estado presente, sin desear, ni buscar el menor cambio. Tened entendido que el rigor o la mansedumbre del príncipe no se deriva únicamente de su natural, sino más bien de la conducta de los ciudadanos; porque muchos señores por la maldad de sus súbditos se ven forzados a emplear en el gobierno mayor dureza de la que quisieran... Tened la seguridad de que, sintiéndome yo exento de peligro, podréis vivir sin temor; porque si mis asuntos van bien, los vuestros han de seguir el mismo camino».

Esta identificación de la seguridad del imperante y la de su pacífico rebaño resulta un rasgo maravilloso, que no pudo quedar confinado a la pequeña isla de Salamina. Muchas generaciones de Nicocles lo aprendieron o lo adivinaron en los siglos posteriores.

La inquisición política de Venecia y la inquisición religiosa de España debieron saber de memoria aquella profunda sentencia en que se declara merecedor de la misma pena al reo, al cómplice, al ocultador y al que meramente se calla lo que sabe. Y otras muchas aplicaciones de doctrinas tan perspicaces como esas pudieran encontrarse en la historia subsecuente a las olimpiadas.

Era necesario que la orientación de las ideas reinantes empezase a cambiar, para que esta voz, y las que repitieron, comentaron y ampliaron sus avisos, dejaran de despertar eco. Después de la revolución francesa, el campo se vió dominado por muy otros principios. Su incubación, desde luego, fué muy anterior, pero entonces aparecieron del todo conformados. El individuo llegó a darse clara cuenta de que hay en torno suyo una esfera,

Los primeros tomos de la BIBLIOTECA LATINO AMERICANA que dirige en París don Hugo de Barbajelata, ya se han publicado. Son:

Rubén Darío: <i>Epistolario</i>	1-25
Varios autores: <i>Rodó y sus críticos</i>	3-00
F. García Calderón: <i>El Wilsonismo</i>	1-25
Gertrudis Gómez de Avellaneda: <i>Sab</i> (novela).....	3-00

Ud. los hallará en la Administración del REPERTORIO.